

Toda la correspondencia
AL ADMINISTRADOR
D. Pedro Motilba
RAMBLA DEL CENTRO
Kiosco n.º 3

La Saeta

SEMANARIO ILUSTRADO

PRECIOS
DE SUSCRIPCIÓN
—
Semestre . . . 6 Ps.
Un año . . . 11 »
EXTRANJERO
Un año . . . 17 »

AÑO XI

BARCELONA 1.º DE FEBRERO DE 1900

Núm. 480



ABANDONADA

Cuartillas sueltas



A muerto Eduardo del Palacio.

Escribo estas cuartillas cuando el telégrafo nos da tan triste nueva; pero por exigencias de compaginatión y de tiraje, las leerán ustedes muchos días después; no importa; mi objeto no es enterarles de lo que tienen sabido, sino rendir un tributo de respeto al escritor.

Eduardo del Palacio era una gloria legítima de las letras y de la generación que va anulando el tiempo implacable; era también de los que positivamente escribían, y yo me entiendo al ponerlo así, y Dios sabe por qué lo pongo.

Periodista *fino*, ocurrente, pocos han derramado como él la gracia á manos llenas, y pocos han *hecho* chistes con tanto gracejo y singular donaire, sin *retorcer* el concepto ni pervertir el lenguaje, como los más de cuantos se dedican á la *explotación* del epigrama. Las agudezas de Palacio no eran chocarrerías vanas é insulsas, aunque entre los miles y miles de dichos ingeniosos saltaran muchos que no fuesen igualmente afortunados. Podrían ser oro de baja ley, pero siempre oro; y váyase por cuando salían piedras preciosas é inestimables.

Cultivó durante su vida de escritor el arte difícilísimo de *hacer reir* y deleitar al público, y lo hizo maravillosamente, con ingenio delicado y feliz. No provocaba la risa estúpida, pero sí la sonrisa fina, franca, la contracción picaresca de los músculos. Esto, aquí donde tantos se dedican á ser graciosos diciendo disparates, picardeando la índole del idioma, es una virtud y un don.

El estilo fácil, claro, casi transparente, ligero, y al mismo tiempo culto, daba aun mayor amenidad á sus cuentos y á sus frases. Sabía tomar las cosas más serias por el lado cómico, ¡y qué bien!

En España cuesta un ojo de la cara el tener un carácter regocijado, literariamente hablando, se entiende. Sobre todo no pudiendo ser el que escribe *escritor* únicamente, sino también *periodista*. Hay que concebir al vuelo; es preciso cazar al vuelo y moldear deprisa y corriendo, con agitación nerviosa, las oportunidades. Sin eso, Eduardo del Palacio, que ha *abusado* de su talento en una serie casi infinita de artículos, habría reunido sin duda en alguna obra maestra rasgos admirables de su facundia picaresca y sutil.

Durante los treinta y pico de años que ha durado su existencia pública, digámoslo así, de hombre consagrado á las hojas volanderas, casi no hay periódico que no se haya honrado con su firma. Conquistó, pues, una popularidad envidiable, y apenas habrá entre todos ustedes quien no le conozca y quien no consagre, como yo, un recuerdo cariñoso á la inteligencia que acaba de apagar para nosotros con su soplo helado la muerte.

CLAUDIO UGENA



--CON UN PUÑETAZO EN EL PECHO TE DEJO FRÍO EL CORAZÓN.
--ESO ESTARÍA BIEN SI YO LO TUVIERA.

El pícaro Carnaval

TANTO hablaba en contra de las costumbres su amigo y marido, el señor don Calixto Román, que Isabel Contreras, después de meditarlo mucho y de no pocas vacilaciones y sobresaltos, se determinó á levantar el hociquillo puertas adelante, fuera del estrecho círculo en que la tenía encerrada, con crueldad inaudita, aquel caballero feudal del matrimonio.

Isabel Contreras era una muchacha muy linda, criatura aún, á pesar de sus dos años de vida conyugal; no había cumplido los diez y ocho; llevaba sobre los hombros una cabeza muy rubia, animada por unos ojos casi apagados á puro ser inocentes. Su pensamiento estaba dormido; su conciencia pura gozando inefablemente el sueño de los justos. De la obediencia rígida del padre pasó á la sumisión inconsciente, estúpida del esposo. Toda la ciencia del bien consistía, para aquella joven adorable, en resignarse, en someterse.

No es extraño el caso; porque el señor Román, caballero de una porción de órdenes, cincuentón, chapado á la antigua, de los de pera y bigotes retorcidos, no poseía virtudes, ni artes, ni talento para despertar aquella alma dulce, suave, caída en sopor. Era canijo, de figura con adobos y gran maestro en afeites: como que resultaba barbero de sí propio y se descañonaba todos los días, y sobre eso su alcoba (que no era la de su mujer) parecía la trastienda de un boticario en combinación con un almacén de drogas y perfumes. En la conciencia de este hombre predominaban las ideas muertas de dos siglos pasados por encima de todo progreso y de toda civilización. Rígido por temperamento y por su manera de pensar, aportaba al contrato matrimonial, si no un alma tan dormida como su cónyuge, positivamente petrificada. La única transacción de este espíritu con el de la época, consistía en no creer en brujas, ni duendes, ni trásgos, y eso que siendo muy religioso, no olvidaba sus obligaciones ni sus lamparillas de aceite, y para colmo, siendo de ánimo esforzado, de los que lamentaban que no saliesen los caballeros á la calle con espada al cinto, no podía quedarse dentro de ninguna habitación dos minutos á obscuras sin santiguarse veinte veces, y soltar, mascullándolas, con ridículo rechinar de dientes, media docena de latinajos.

La hija del banquero Sob, señorita que pasaba de los treinta años, y que aun contando con sus riquezas no había conseguido atrapar á ningún iluso ni á ningún despreocupado, ejerciendo



E. FOUGERE

REUTLINGER

La Saeta

influencia insidiosa en el ánimo de Isabel, supo arrastrarla, después de un asedio habilísimo; quería Dolores Sob aprovecharse de la licencia del carnaval; sacudir una noche la ominosa tutela de la familia, á quien ella (resistiéndose á creer que su casa no tenía atractivos ni su alma tampoco) culpaba de no poder cazar ningún novio, y saber en fin (valiéndose de la careta) qué cosa era el palique dulce y afectuoso, y cómo era todo aquello del rendimiento y la ternura del hombre. Para eso, la picardía de la solterona le sugirió la idea maquiavélica de acogerse al pabellón de una casada: y ninguna entre sus amigas tan dúctil, tan fácil de someter al influjo de su terrible sugestión, como la señora de don Calixto. Isabel opuso gran número de objeciones, pero nó una negativa rotunda, y como la solterona tenía mucha trastienda y conocía todos los puntos flacos de la fortaleza, no tardó en vencer los escrúpulos, que ella llamaba remilgos de monja, burlándose graciosamente.

—¿No viene conmigo, y soy soltera? Pues una somos la garantía de la otra; usted, casada, para mí; yo, soltera, para usted.

Y dicho y hecho; á las pocas noches, aprovechando un baile de máscaras, y urdiendo una excusa habilísima para salir de casa dejando acostado al terrible y buenazo de don Calixto, Isabel se reunió con Dolores, yendo á buscarla á su domicilio en coche, para que la familia no opusiera resistencia alguna. El banquero se quedó convencido de que su hija pasaría la velada en el hogar del rígido señor Román, y éste de que su esposa se hallaba cumpliendo una obra de misericordia al lado de la hija del banquero, atacada de no sé qué; unas perniciosas, una pulmonía, una jugarreta de los nervios.

Ello es que se encontraron en la calle completamente libres, teniendo delante de sí la inmen-



sidad, sin trabas ni limitaciones; esto es, sin tiranías: parecían que habían levantado el vuelo y hendían, como los pájaros, el aire. Isabel sintió algo así como vértigo; Dolores saltaba en el asiento del coche no pudiendo disimular su alegría, «aquel goce delicioso de no tener quien cortase en su voluntad, ni le impusiera respeto con sus miradas ni con sus mandatos.»

De repente se les ocurrió una duda terrible, pavorosa.

—¿Cómo nos disfrazamos?

Porque no era cosa de presentarse así como iban, exponiéndose á tropiezos de terribles consecuencias. La hija de Sob resolvió rápidamente el punto. Mandó al cochero (el carruaje era de alquiler) que parase en una tienda, donde adquirieron unos dominós y unos antifaces, y en seguida se encaminaron á una fonda donde tomaron un cuarto como si acabasen de llegar de cualquier pueblo de la provincia. No hubo ningún tropiezo. Al cabo de una hora volvían á encontrarse dueñas del campo, y esta vez sin temor á que ningún indiscreto les torciera el gusto. Tuvieron la precaución de mandar que les trajeran otro coche, con lo que evitaron que pudiera nadie, en caso de apuro, seguirles la pista.

Presentáronse en el baile público... tal. No cito el nombre para evitar complicaciones, pero no importa. Al pronto vagaron por el local desorientadas, y casi arrepentidas de su audacia y de su locura. ¡Tanta gente; tanta luz; tanto calor, y un tan no pensado embrollo! En fin, ¿qué hacerle? No había remedio. Por fortuna encontraron pareja, dos amigos que iban aquella noche con propósito decidido de sacar alguna ventaja del carnaval. Después de varios bailes, y según es de rigor en estos casos, los conquistadores pensaron en retirarse á cenar, queriendo hacer uso de la artillería, ó sea de las salsas, de los picantes y de los vinos. Isabel vaciló, pero Dolores, que era allí el genio malo, tuvo imperio y recursos para decidirla.

No creo necesario pintar la escena, ni referir

—¿A QUE NO SABEN DÓNDE ME APRIETA EL ZAPATO?

pormenores que seguramente conocerán ustedes todos. Unicamente diré que las mujeres exigieron como condición precisa que ni ellos ni ellas se descubrieran y que, no tratándose sino de una broma de carnaval, seguirían siendo máscaras hasta el momento de retirarse, sin que en lo sucesivo procuraran conocerse. Y burla burlando, llevándolo todo á punto de lanza, hasta la exageración de la broma, comieron y bebieron los cuatro con la cara cubierta y ahuecando la voz. Es decir, á lo último ya no era necesario disimularla, porque el Burdeos y el Champagne no dejaban los sentidos claros para que se descubriese y adivinase á la persona por el acento.



EN EL ESTUDIO

El resultado fué que á los postres concertaron dividirse las parejas; arrastrada Isabel por uno y por otro Dolores, ni ésta ni aquélla tenían fuerzas para resistir, ni conciencia de lo que otorgaban; hallábanse en ese estado especial en que el individuo no es responsable de sus actos. En lo único que se mantenían firmes era en exigir que no se descubriese nadie.

Y ellos que, según parece, la corrían aquella noche por primera vez, como las damas, fueron tan condescendientes y escrupulosos en el cumplimiento de su palabra, que no se excedieron ni en modales ni en exigencias. En un coche salió Isabel y su caballero; en otro, Dolores y su galán.

El descubrirse fué en casa de cada uno de los tenorios, ¡y calculen ustedes la sorpresa, cuando Isabel vió delante de sí la vetusta imagen del banquero Sob, y Dolores el espantajo de don Calixto Román!

MARTÍN FERNÁNDEZ REIG

Cañitas

I

No te cases con mujer
que te aventaje en talento,
porque si ella echa la cuenta
te sumará como cero...

II

Perchelera, perchelera,
tienes tú muy mala sangre.
Eres mujer, te perdono,
¡que es también mujer mi madre!...

III

¡Jesús, madre, qué penilla:
le he dicho quién era yo
y ni así me conocía...!

J. ENRIQUE DOTRES

FORMACIÓN DE COMPAÑÍA

EMPRESARIO.—Señores, buenas tardes.
Gutiérrez.—¡Calle, don Atilano! Señores, saluden ustedes á nuestro protector, á don Atilano.

Íñiguez.—Muy buenas, don Atilano.

Suárez.—Felices, don Atilano.

Gutiérrez.—Y ¿qué hay, don Atilano?

Empresario.—Ya por fin me he decidido.

Gutiérrez.—¡Gracias á Dios!

Empresario.—¿Eh?

Gutiérrez.—Digo que gracias á Dios que lo ha pensado usted bien, porque mire usted, mejor ocasión que ésta para realizar esa excursión artística no la encuentra.

Empresario.—Eso me decide; conque, ¿cuento con ustedes?

Todos.—¡¡Ya lo creo!!

Gutiérrez.—Vamos á ver, don Atilano. ¿Ha pensado usted el repertorio?

Empresario.—¡Vaya! Haremos gran repertorio: *El puñal del godo*, *El gran galeoto*, *Guzmán el Bueno*, *El santo de la Isidra*, *Los borrachos*.

Gutiérrez.— ¡Perfectamente! Es precisamente el nuestro; puede usted añadir *La gran vía* y *Don Juan Tenorio*.

Empresario.—Y dígame usted: ¿contamos con señoras?

Gutiérrez.—¿Para qué?

Empresario.— ¿Cómo para qué? Para actuar; actrices.

Gutiérrez.—¡Ah, ya! Creí que... Pues, sí, señor; si á usted le parece podemos llevar de primera dama á la Ruibarbo: sirve para todo.

Empresario.— Siendo así, me conviene.

Gutiérrez.—Digo eso, porque lo mismo le hace á usted la Leonor de *El Trovador*, ó la Teodora de *El gran galeoto*, que la Susana de *La Verbena* ó la Mariblanca de *La Almoneda del diablo*.

Suárez.—U otra cualquier cosa; sirve para todo, lo repito.

Empresario.— Bien: ¿no será exigente en sus pretensiones?

Gutiérrez.—¿Ella? Pobrecita, se contenta con poca cosa; pregúnteselo á Ruiz.

Empresario.—Bien, bien, ya tenemos dama; ahora otra, la damita joven.

Gutiérrez.— ¿La quiere usted muy joven?

Empresario.—Hombre, claro.

Gutiérrez.— Porque podemos llevar á la Aguirre.

Íñiguez.—Entonces habría que llevar á Paco.

Empresario.—¿Quién es Paco?

Gutiérrez.—Hombre, *el de la Aguirre*.

Empresario.—Ya, ¿y ése, de qué irá?

Gutiérrez.—De apuntador.

Empresario.—Corriente; había que llevar uno de todos modos. Ahora otra: la característica.

Gutiérrez.—Esa, ni que decir tiene: mi suegra.

Empresario.—Pero, ¿es artista?

Gutiérrez.—¿Que si lo es? Pero ¿usted no sabe que ha echado los dientes en el teatro?

Empresario.—¿Sí?

Gutiérrez.—Vaya; el último que echó fué uno que de un puñetazo le saltó un bajo cómico con el que estaba liada.

Empresario.—Ya veo que es artista. Y ¿la puedo ver para tratar con ella?

Gutiérrez.—Si no va usted á casa, no es posible; no sale nunca.

Empresario.— ¿Pues qué tiene?

Gutiérrez.—Al revés, no tiene... no tiene ropa; por casa anda envuelta en una colcha.

Empresario.—¿Entonces?

Gutiérrez.— Con el préstamo desempeñará el equipaje.

Empresario.— Corriente, tenemos característica.

Gutiérrez.— Las segundas partes, como usted comprenderá, son fáciles de encontrar; dos ó tres jovencitas que estén ansiosas de salir al teatro y que no anden mal de ropa y de formas.

Empresario.—Sí, porque pienso cultivar el desnudo.

Suárez.—¡Picarón!

Empresario.— Quiero decir, las obras de *mallas*.

Gutiérrez.—Entendido. Ahora pasemos al sexo feo.



—¡Y QUE NO DEJO VÍCTIMAS, DETRÁS!



—¡FORMEN, QUE LLEGA EL CORONEL!

Iñíguez.—Eso lo dirás por ti.

Gutiérrez.—Lo digo por todos. Primer actor y director, yo, es decir, un servidor; y se me puede asignar, si á usted le parece bien, doce duros de sueldo.

Suárez (*aparte*).—Bien te aprovechas.

Empresario.—Me parece un poco exagerado.

Gutiérrez.—¿Cómo exagerado, don Atilano? ¿Usted me ha visto trabajar?

Empresario.—Nó.

Gutiérrez.—(Eso me salva). Pues mire usted, no es que esté yo delante, que si no estuviera lo mismo lo diría; actores como yo quedan muy poquitos.

Iñíguez.—(A Dios gracias).

Gutiérrez.—Yo le recito á usted veinte quintillas con sólo tres alientos; en las escenas de seducción no tengo precio, y en las de desafío me quedo solo.

Suárez.—Como los valientes.

Empresario.—De todos modos, por doce duros crea usted que hay mucha gente que recita, no ya veinte quintillas y se queda sola en un desafío, sino que lo hace todo, y además le puede usted tener de criado en su propia casa, le lleva los libros por partida doble y hasta cría á los chicos, si por casualidad los tiene.

Gutiérrez.—¿Usted no pretenderá que yo críe á sus chicos?

Empresario.—Hombre, no; lo que pretendo es que rebaje el sueldo..

Gutiérrez.—Don Atilano, usted es mi padre, y...

Empresario.—No sabía nada.

Gutiérrez.—Quiero decir que cuando se tropieza con una persona como usted, no es posi-

ble negarle nada; por lo tanto, usted fijará mi sueldo.

Empresario.—Eso ya es otra cosa. Y estos señores...

Todos.—Don Atilano, usted es...

Empresario.—¿Cómo, también padre de ustedes?

Gutiérrez.—Estos señores, fían en usted, como he fiado yo.

Empresario.—Corriente; entonces, todo se arreglará; usted ultimaré los demás detalles de la formación.

Gutiérrez.—Descuide.

Empresario.—Los préstamos los recibirán ustedes mañana, y pasado nos marchamos; en la estación daré á cada uno su billete del tren.

Iñíguez.—Si á usted le da lo mismo, á mí entrégume el importe, que yo viajaré por mi cuenta.

Empresario.—¿Pues cómo piensa usted ir?

Iñíguez.—Iré debajo...

Empresario.—¿De bajo? ¿Pues no es tenor cómico?

Iñíguez.—No, si digo *debajo* del asiento; así es como me ahorro el dinero del viaje.

Empresario.—Como usted quiera, con tal de que llegue.

Iñíguez.—¡Vaya, aunque sea en un tope!

Empresario.—Entonces, en eso quedamos; mañana tendrán su dinero, y ahora queden ustedes con Dios.

Gutiérrez.—Hasta mañana, don Atilano.

Iñíguez.—Vaya con Dios, don Atilano.

Suárez.—Felices, don Atilano.

(*El empresario se aleja.*)

Gutiérrez.—Señores, pero ¡qué bruto es don Atilano, qué bruto!

AGUSTÍN R. BONNAT



—LOS SORPRENDIÓ Y DIJO: DENTRO DE MI CASA NO PUEDO PERMITIR ESTAS LIBERTADES. Á LO QUE CONTESTÓ LA ESPOSA: NO TE APURES NOS LAS TOMAREMOS FUERA EN LO SUCESIVO.

LO DE SIEMPRE

Oye, chiquilla: yo no he venido
para escucharte relatos tristes;
da tus desdichas ahora al olvido
y no le cuentes al que conquistes
lo que de sobras tiene sabido.

Así, no llores, pues yo venía
con otros fines, y te aseguro
que tus desgracias las conocía:
porque tu historia, yo me figuro
que es la de todas, hermosa mía.

Nunca varía, siempre lo mismo;
á cada paso la eterna historia.
¿Que tú eras pura? ¿Que del abismo
caíste al fondo, por su cinismo?
¡La llevo impresa ya en la memoria!

Si no lloraste cuando bajabas
á lo más hondo... ¿por qué ese llanto
de este momento? Si te enfangabas
con alegría, ¿por qué gozabas?
¿Por qué ahora muestras tal desencanto?

¡Si ya es inútil! ¡Si ya has caído
á lo más bajo! ¡Si de un cualquiera
por los placeres, juguete has sido!
¡Si casi siempre te he conocido
vivir dichosa de esta manera!

¿Ó es que creíste que al mismo tiempo
que sólo goces ambicionabas,
y que á diario de amor mudabas,
pues lo tomaste por pasatiempo,
que honrada y pura te conservabas?

¿No lo creíste? Pues si sabías
que tus acciones no eran muy buenas,
ríete ahora como reías
en los felices pasados días...
¡Goza de nuevo y olvida penas!

Ya no hay remedio, pues lo pasado,
aunque se quiera, nunca se borra;
nada adelantas con lo llorado;
así es que deja que el tiempo corra...
¡Hazte la cuenta que no has pecado!

Y ahora no llores, pues yo venía
con otros fines, y te aseguro
que tus desgracias las conocía:
porque tu historia, yo me figuro
que es la de todas, hermosa mía.

JUAN MANUEL GALLEGO



AVE NOCTURNA

STANDART



La Saeta

EL JUICIO DE PARIS



BIAN-KA
REUTLINGER

¡HUÉRFANA!

(DEDICADO Á MI QUERIDA HIJA ENRIQUETA)

NADIE recordaba un éxito semejante, como el alcanzado por aquella hermosa tiple, en la noche de su *debut*.

Como vulgarmente se dice, «aquello fué el delirio»: el público en masa, como movido por la acción de una pila eléctrica, se levantó de las diversas localidades que ocupaba, y un aplauso largo y cerrado estalló cual descarga de fusilería en la sala del regio coliseo.

—¡Bravo! ¡De primera!—decían unos.

—¡Esto es magnífico!—prorrumpían otros.

Y por todos los ámbitos del teatro se pronunciaba con elogio y entusiasmo el nombre de aquella *diva*, que, desconocida hasta entonces, habíase conquistado en una sola noche un primer puesto entre las cantantes de ópera más afamadas.

La ovación á Guadalupe duró toda la noche; y ni qué de-

cir tiene que en su *camarino* se codearon y empujaron todos los príncipes de la banca, políticos, títulos, etc., que, cual moscas atraídas al dulce de la miel, se disputaban la vez para estrechar la mano de la tiple y felicitarla por su señalado triunfo.

Al siguiente día fué visitada por un enjambre de periodistas, que acudía á su casa y tomaba datos para publicar la biografía y retratos más ó menos parecidos.

—Ya ves, papá,—dijo Guadalupe, dirigiéndose á un anciano de argentados cabellos,—qué popular me he hecho. Tengo la seguridad,—añadió,—que mañana á estas horas soy conocida *de oídas* por todo el mundo.

—¿De modo que estás contenta?—preguntóla el anciano.

—No del todo.

Y prosiguió con tristeza:

—Para ser completamente dichosa en esta noche, me falta... mi madre. ¡Pobrecilla! ¡Cuánto hubiera gozado con mi triunfo!

—Vamos, no seas tontuela, y desecha ideas tristes... ¡Lloras...! ¡Carape! vas á hacer que á mí también se me salten las lágrimas y van á ser las segundas que derramo esta noche.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Sí, hija mía, sí; tenía mucha seguridad en que saldrías triunfante en la lucha que con el público sostenías, pero fué tal la emoción que sentí al escuchar los primeros aplausos, que... vamos, que no sé explicarte lo que me sucedió y allí entre bastidores lloré... de alegría... como ahora.

—¡Pobre padre mío!—dijo la joven abrazando al viejo.

Y prosiguió en tono jovial:

—Desde hoy se acabaron las privaciones: viviremos como los *grandes*, con lujo, y tanto dinero voy á ganar, que... hasta puede que tengamos coche. Desde mañana ya no vuelve usted á la imprenta. Que busquen otro regente.

—Bien, se hará lo que la señora mande.

—Oiga usted el programa que tengo:

Primero. Nos levantamos muy temprano, compramos una hermosa corona é iremos á depositarla en la tumba de mi madre. ¿Le parece bien?



LOS AMIGOS, EL CÍRCULO... EL DEMONIO.
¿Á ESO LLAMAN LOS HOMBRES MATRIMONIO?

—Ya lo creo, hija mía. Tu pobre madre es digna de que siempre te acuerdes de ella. Jamás se borrará de mi memoria el recuerdo de aquella santa mujer.

«Serían las doce de una horrorosa noche de invierno. La nieve azotaba con furia los cristales de mi humilde habitación, cuando sentí que llamaban á mi puerta y que una voz pronunciaba mi nombre.

El que me buscaba era un compañero de la imprenta en donde yo trabajaba por aquel entonces.

—¿Qué me quieres á estas horas?—le pregunté.

—Sígueme,—me dijo sin responder á mi pregunta.

Y conduciéndome al último piso de la casa, abrió la puerta de su guardilla y llevándome hasta la ventana, me dijo:

—Mira á ese cuarto de enfrente. Ó yo me equivoco mucho, ó ahí agoniza una mujer insensiblemente abandonada como un perro.

No nos detuvimos á pensarlo, y los dos, guiados por el mismo pensamiento, nos precipitamos por la escalera, atravesamos la calle y acompañados del sereno penetrábamos á los pocos momentos en la citada guardilla.

¡Qué cuadro más desgarrador presenciaron nuestros ojos!

Allí, en un inmundo lecho, se hallaba una mujer, cuya cara era el fiel espejo de la muerte. A su lado se hallaba una niña pálida y harapien-

ta que desde el momento que entramos nos suplicaba salváramos á su madre.

Se mandó por un médico: todo fué inútil, y tu madre fallecía á las cuatro de la madrugada, víctima de una tisis galopante, aunque el doctor le dió otro nombre, que ahora no recuerdo.

Desde entonces, tú, que á nadie tenías en el mundo, no te has separado ni un solo día de mi lado.

Lo demás ya lo sabes; dadas tus excepcionales condiciones para el canto y siguiendo los consejos de varias personas que te oían cantar, he hecho cuantos sacrificios han estado en mi mano, y hoy doy gracias á Dios porque me ha dejado vi-

vir para ver realizado mi sueño, mi constante pesadilla: dejarte con un brillante porvenir.

Sólo te pido una cosa en cambio de todo ello, y es que nunca me abandones.

¡Qué sería de este pobre viejo, si le faltara tu cariño!»

ENRIQUE ASENSI



—SE HA SALIDO ÉL CON LA SUYA... Y TAMBIÉN CON LA MÍA

SÚPLICA

Esta mujer me ha mirado,
señor Juez; con su mirada
el corazón se ha llevado:
á devolver lo robado
quiero verla condenada.

Y para que otro no venga
como yo, la ley no ablandes;
ordena que se detenga
como á ésta, á la que tenga
ojos tan negros y grandes.

FEDERICO DEÁN

A TI

Soñé que ya no me amabas
con igual amor que antes,
pero dudaba soñando
de traición tan infame.

Dudaba, porque imposible
era que tú no me amases...
¡y aun soñando tuve miedo
de abrir los brazos y ahogarte!

A. ARROYO MANJÓN

LIBROS Y COMEDIAS

TRISTI AMORI

Si en *Tristi Amori* se hubiera limitado Giacosa á ofrecernos el caso de un amigo que abusa de su influencia respecto del esposo y de la fácil sugestión que cualquiera alcanza á conseguir en el ánimo de la mujer, ó diciéndolo claramente, de la hembra, á poco que le ayude el ingenio y la figura (salvo raras excepciones), no habría hecho sino repetirnos uno de los enredos repetidos hasta la saciedad por todos los poetas, casi desde tiempo inmemorial. No hace falta profundizar mucho en la psicología para salir victoriosos del empeño. Es muy sencillo: el hombre desconocido, de fuera, es más *poético* que el hombre con quien se trata á todas horas; cuyos vicios, cuyos defectos, cuyas imperfecciones se ve precisada la *heroína* á tolerar; añadamos que la confianza y el cariño con que le trata la víctima propiciatoria da á la mujer motivos para caer en el enamoramiento, para abandonarse, para descuidar, debilitándolas, sus naturales defensas, y ya está el conflicto determinado. Todas las escuelas, desde la clásica hasta la ideológica (dando algunos brincos la picaresca), han procedido así; y en otros tiempos eso podía parecer bien: en los presentes, nó. Reconozco que ocurre frecuentemente en la vida, pero no me negará nadie que no ofrece ninguna novedad en las tramas teatrales, donde efectivamente resulta una vulgaridad ó un convencionalismo.

El mérito de Giacosa está, respecto de esta lógica dramática, en habernos presentado un asunto muy

conocido valiéndose de *procedimientos no comunes*; quizás porque entiende (y en esta obra con fortuna) que para la ética hay retortas y alambiques, como los hay para la química. Los hechos, los sentimientos y las sensaciones pueden ser unos; pero, ¡á través de cuántos temperamentos! ¡Con cuántas modalidades!

En este punto, claramente se ve, entre el arte combinándose con el ingenio y con las ideas modificadas (siempre refiriéndonos á la cultura), que un hecho mismo, siendo uno virtualmente, adquirirá formas diversas según la concepción y las aptitudes del individuo que lo observa, se lo asimila, lo siente y lo transmite al público.

Es inútil, pues, considerar en *Tristi Amori* un caso de adulterio de que se habla todos los días en la crónica escandalosa, ni un asunto ideal que imagina el poeta para embrollo de la fábula ó para conmover y seducir á sus oyentes. La obra tiene otra lección amarga, durísima, que no se nos da recurriendo á comunes artificios, sino que es resultante de los hechos que se combinan y suman para determinar el conflicto, y la catástrofe á la postre. Son los tipos humanos; reales los caracteres, y se ve un personalismo que rechaza toda invención en las pasiones y una sinceridad franca en los sentimientos. Los personajes no son personajes de comedia, ni obedecen á una lógica convencional preparada de antemano en el laboratorio de la fantasía.

Pero tampoco en este punto hay novedad alguna; donde entra el arte de Giacosa es en el arreglo (que no enredo), en la reducción, en la simplifica-



—PUES, NADA; ME DECIDÍ Á DEMOSTRAR HASTA DÓNDE LLEGABAN MIS APTITUDES AL EMPRESARIO, Y TRIUNFÉ.

ción de los elementos que aporta para transmitirnos un modo, un instante de la eterna, varia y compleja comedia humana, es á saber: tiempo, lugares, sensaciones, ideas, movimientos, almas que obedecen, como todo lo que en la Naturaleza ha recibido el soplo de Dios, á una ley perdurable de gravedad. También se nota la mano del artista en el acierto con que separa los puntos secundarios, inútiles ó estériles, por lo cansados y prolijos (que no por lo cierto), para despertar en el ánimo la emoción estética, mirando lo que pasa en torno nuestro, como á través de un lente, fijándolo en el cerebro como si imágenes de un sueño fueran: asignándonos, en resolución, el papel de interventores pasivos del drama. Somos, dentro de la vana entidad público, uno de tantos que contemplan, que saben, que ven, que asisten á las acciones desenvueltas, por un proceso psicológico y real, determinadas en el círculo de sus relaciones en la esfera propia donde se produce y vive, en el propio ambiente que respira. De otra manera dicho, y en guisa de resumen: no se nos cuenta el *hecho*: lo presenciamos; el espectador no está divorciado del cómico: hay tacto de codos entre ambas partes componentes de la representación, y la sala no es sino prolongación de la escena, como quiere Zola.

La única parte flaca en la obra de Giacosa, así considerada, está en el artificio con que el amante pretende anular los efectos de su falta, tratando de huir cobardemente cuando persuaden circunstancias más falsas aún de que se ha evaporado en la atmósfera el vaso de perfumes donde tuvo encerrado su cariño, y de que el aroma ha herido el olfato de personas ruines (moralmente hablando) y vulgares. En esto ha dado Giacosa su brazo á torcer, cediendo, como ceden otros, Galdós, por ejemplo, algunas pulgadas al convencionalismo. ¿Lo hacen deliberadamente? Sí, no me cabe duda. ¿Lo hacen no sabiendo resistir la preocupación de que el público no sabe ó no quiere aplaudir el arte, sino á través de la mentira (convencionalmente también la mentira se llama ilusión?) Apuesto doble contra sencillo á que es así. Creo que para las muchedumbres la falta de que tomo nota, es leve; para mí es grave. No diré yo de qué manera me habría agrado que hubiera entendido el autor de *Tristi Amori* la *provocación* del conflicto del drama, que eso sería petulancia en mí; lo único que hago constar es que lamento ver, en estudio tan bien pensado y transmitido, recurso tan trivial, ¿y por qué no decirlo? pobre, como el de que se vale el autor, y que es éste: el amante fino, tiene un padre estúpido y canalla, y es el padre quien tira de la manta precisamente, no por exagerado punto de honradez, sino por dañada codicia de sus viciadas costumbres.

Claro que el talento de Giacosa enmienda prontamente esta concesión, y que resulta magistral, preciso, el modo que determina, exteriorizándola con apuntes cómicos de la vida privada, la sensación de la publicidad. La hembra adivina primero que aquel amor ha salvado fatalmente los límites de la conciencia; ya no es un secreto; no puede serlo para los ojos de la muchedumbre, para los maliciosos espíritus. El amor, que salta por todos los inconvenientes con que la sociedad le liga, no puede permanecer oculto. Se cansa de vivir en la penumbra. Las miradas de los que se aman le descubren, por mucha voluntad que tengan de



PALOMAS SUELTAS

STANDART

La Saeta

recatarlo; las palabras dulces que se escapan inconscientemente también; el cariño en todos los casos, es una sugestión y una seducción de dos personas influídas á la par por un tercer agente. Cuando este dominio extenso llega al colmo, la voluntad claudica, se eclipsa, y en ocasiones (las más graves, los casos de abnegación amorosa) se anula. ¿Quién es capaz entonces de disfrazar los gestos, el impulso de ir, de abalanzarse sobre el sujeto querido? ¿No se siente un movimiento especial, que imprime energía inusitada á todo el organismo? En la sangre, en los nervios, en las articulaciones, en los músculos, y siempre de frente. Sí, de frente, y de tal modo, que el que está de espaldas, sufre el deseo de dar la cara, irresistible; el que está de perfil, también; gráficamente, representaríamos esa dirección así: ψ en forma de cruz con los brazos curvados, con la cabeza inclinada; es una corriente que, pasando por todo, parece más intensa en el cerebelo, y produciendo algo así como irritabilidad en la médula, excita las ramificaciones nerviosas que de ella parten animando el tejido muscular: los hombros, algo del pecho, los brazos hasta las extremidades de los dedos que tienden á contraerse, y en la irritada convulsión á agarrotarse. Vaya otro signo \perp . Protesten cuanto gusten de mi explicación; pero eso es lo que ha mandado mamá Naturaleza, y reconozco que este impulso que yo fijo es indiscutiblemente la nobleza del espasmo, atenuado ó furioso, para que se vea que es cierto que la realidad tiene su idealismo.

Pues todo eso, sin las filosofías que pongo, por signos exteriores, visibles, está en la admirable escena en que los amantes llegan al descubrimiento de su irremediable desventura. Él tarda en persuadirse; es el último que se entrega en aquella derrota de la ilusión, en aquel fracaso del ensueño: y no hay aquí un simple y mezquino recurso dramático, sino clara y aguda perspicacia de psicólogo: la hembra tiene una sensibilidad más exquisita, nervios más finos para las emociones dolorosas; quizás, porque la naturaleza la ha creado así, condenada al sufrimiento: y en *Tristi Amori*, «ve, sabe,» con angustiosa certidumbre el conflicto pavoroso



—CREE, QUE SI SIENTO CASARME ES PORQUE YA NO ME VESTIRÁS TÚ.
—PERO EN CAMBIO TE VESTIRÁ ÉL, Y SIEMPRE ES MÁS DISTRAÍDO.

mucho antes que él, el macho. El hombre, acaso porque es petulante y tiene instintivamente una fe desmesurada en sus fuerzas varoniles, se resiste á creer que está vencido, que no quedan recursos ni medios de lucha contra la adversidad. Y en la resignación, ¡qué virtual y bien marcada diferencia de sexos! Ella se resigna, sometiéndose; él nó, protestando. Giacosa ha fijado exactamente el momento, y nó con ridículos sentimentalismos, sino mezclando, como ocurre en la vida, á la gravedad del hecho, el contraste de los elementos cómicos que intervienen para provocarlo.

La señora Mariani y el señor Zampieri completan con su estudio y su talento, añadiendo pormenores externos de no escasa dificultad, la labor del poeta.

Lo propio ocurre en el difícil pasaje, consecuente de éste que acabo de considerar, en que el marido *entra*, como entraron los amantes, dentro del círculo espantoso que el mal trazó, tomando por punto céntrico la existencia de aquellos tres seres. Aquí el autor se ha excedido á sí mismo en arte y en saber. Es una de las escenas más difíciles de la obra, para quien la escribe y para quien la representa. Autor y cómicos lograron al final uno de los éxitos buenos, más francos, más calurosos de que yo tengo memoria, y lo reconozco, con justicia. El marido, íntimo amigo del amante, espíritu noble, recto, no adquiere la

triste conciencia de su infortunio por medios vulgares, de los que fácilmente explota el menos avisado. Los amantes se delatan á sí mismos, en una especie de puja de abnegaciones. El marido, queriendo salvar al amigo de la ruina, de la deshonra; resistiéndose él, negándose en absoluto á asirse de aquella mano salvadora que se le tiende, por escrúpulos claramente definidos en el transcurso de la acción; y ella, puesta fatalmente entre los dos como árbitro de semejante litigio, y teniendo que reñir lucha monstruosa con la conciencia, que de una parte le echa en cara su liviandad (*convencionalismo*) y su amor (*naturaleza*), y de otra la virtud noble del esposo engañado, y de otra, la más triste, la *visión* de que su infortunio es irremediable. Su pensamiento le dice: «no puede ser, no puede ser;» la voz de los prejuicios que resuena en nuestra alma: «eres culpable,» las fibras todas, adquiriendo algo así como personalidad, irritándose: «le amas.» Esta es la lógica á que ha obedecido el poeta, indudablemente, y que escapa á los revisteros que por todo juicio emiten el de que se trata de un adulterio vulgar.

¡Y cómo lo ha sentido así Teresa Mariani! ¡Qué magistral efecto, con qué admirable arte sacado de un estudio profundo, amplio de las pasiones, reducido por fórmulas visibles al gesto, para que sea viva la emoción en el ánimo del auditorio, transmite todas estas filosofías. No hay sino verla caer de hinojos, amparándose de una silla, para resguardar la cara y el pecho del castigo! ¡Qué bien, qué humano, qué real! No encuentra mi pluma frases con qué alabar esa admirable intuición de artista. Aquella figura de mujer que se postra contestando á un impulso instintivo, consecuente de un diálogo mudo sostenido con las ideas: que ha adquirido la percepción clara de la realidad, y cuando el marido (el peligro), no amenaza ostensiblemente, con órganos materiales y agresivos, aquella figura, digo, no es posible describirla, no basta con celebrarla, es indispensable verla; el escultor, el pintor, fijarían el busto, la actitud, y aun faltaría á la escultura y al cuadro el soplo inmortal con que anima á sus criaturas Dios. En este conflicto, que determina el autor conservando fuerte, fortísimo el interés dramático (y no es poco decir), se descubre la verdad por deducciones, por operación mental, por análisis, por verdadero y resuelto contraste de gestos, de visajes, y, sin embargo, triunfan Giacosa, Teresa Mariani, Zampieri y Paladini: estos últimos me dejaron absorto, porque no he visto actor que salve, como ellos salvaron, los escollos de su papel, en una situación tan grave, por mucho que les ayude el ingenio, y la situación que representan.



DANZA FANTÁSTICA

El final pertenece indiscutiblemente á la Mariani. Se reproduce, siempre continuando el proceso psicológico, el conflicto personal iniciado en el primer acto. Para el amante no se trata de un vano capricho, de una pasajera irritación nerviosa. La hembra, es para él la hembra, según la naturaleza, y lo que en otras circunstancias de la vida los convencionalismos sociales habrían llamado mujer, esposa. No pretendió calmar en esta falta una necesidad imperiosa de los sentidos; aquel amor era la novela de su vida, el colmo de su ser. Persiste en la idea de huir, pero quiere arrastrarla á ella, porque huyendo así, arrastra consigo la dicha. Es el último período de la lucha, y en él determina Giacosa admirablemente el abandono de energías que anonadan al hombre. Seguimos, sin apartarnos en un ápice, el proceso real. No hay protestas aquí: está bien determinada la sensación de la desgracia sin remedio posible. —«¿No me amas?»—«Sí que te amo.» No cabe duda en este punto; y, sin embargo, contra ese amor se levanta un muro infranqueable, que todos los esfuerzos humanos no pueden vencer. ¡Huir! ¡Ay! ¿Puede la escapatoria destruir una sombra que ha echado sobre su conciencia, no la ley moral, no escrita, pero sí las leyes creadas al amparo de las costumbres? Giacosa resuelve el conflicto con recursos de un sentimentalismo que no va contra su arte, teniendo en cuenta cómo considera y pinta este caso pasional. Una muñeca, la abandonada por la hija de la amante, es suficiente para el caso; y en tan difícil apuro, entra otra vez el arte de Teresa Mariani, dándonos toda la ciencia difícil de la madre y de la mujer traducida al sentimiento. Las fuerzas morales que sostenían en pie el drama, decaen, se agotan; el drama se ha interrumpido, pues, y concluye sin idealismos, con toda la humilde verdad de los hechos en que humanamente somos espectadores, ó representantes. La poesía se evapora, el amor se va; no queda más que un hogar apagado, y que se mantiene en pie gracias á los cimientos de la social mentira.

Dirán algunos espíritus superficiales, vanos: podría haberse resuelto el conflicto sin tantas complicaciones, y aun sin llegar al punto en que el marido descubre la triste y lamentable aventura del adulterio. Ciertamente, sí; como podríamos evitar, ó, por lo menos, rectificar, cada uno de nosotros el drama íntimo de nuestra existencia, si nos fuera posible destruir una porción de cosas invencibles que provienen del temperamento ó del carácter cuando no se suman, fatalmente, para modificarlos. Esto mismo justifica la meritísima labor de Giacosa, contra lo que han pensado los gacetilleros citados en los preliminares de este estudio. Para sustraerse al influjo de los hechos (considerados según la emoción que produce en el ánimo de los que sólo ven el *argumento* en una obra), es preciso analizar la vida minuciosa, particular, de los que intervienen en el drama. No hay más que un personaje inútil y un momento desgraciado, según he dicho y creo ocioso repetir.

CLAK

La derrota de Don Juan

Don Juan Abudaliqui era un Tenorio de aquellos ¡tan listos! Ya se sabía: en mirando él á una mujer, ¡cátala muerta! Por supuesto, muerta de mentirijillas, en el buen sentido de la palabra, atolondrada como un pajarillo delante de esas serpientes que son tan terribles.

No era que don Juan tuviese un tipo muy seductor ni una mirada muy brillante; sus ojos eran chiquitines, sin expresión ninguna; su estatura baja, sin ser menguada; su frente estrecha, parecida á la del mono. Lo único que hacía era recortarse la barba, y eso por tener el pelo muy fuerte y cerdoso y por consejo de un amigo que había cantado, en no sé qué beneficio, *Los Diamantes de la Corona*.

Pero él creía que sí, que no se le resistía ninguna hembra, aunque no ponía cerco á todas porque temblaba pensando en su terrible poder, y se tenía miedo á sí mismo.

Lo cierto del caso está en que, efectivamente, la hija de la patrona, Elisita Rodríguez, sostenía relaciones con el espantable conquistador.

Pero eran relaciones de baratillo, se entiende, teniendo en cuenta la fama de don Juan.

Relaciones con mamá suegra á la vista, empalagosa y sentimental, y para colmo de tristezas, exageradamente honrada.

Ni siquiera se dormía haciendo calceta.

¿Han visto ustedes cosa más horrible que estar al lado de una novia, máxime si además de novia es pupilera, y no poder largarle un mal pellizco?

En cuanto aproximaba un poco la cara con la excusa de hablarle en voz baja, gruñido de la vieja al punto:

—Oiga usted, don Juan; le he dicho que mi hija es muy *honrada*.

—Sí, señora, y usted también.

—Y que lo digo bien alto, *honrada*, aunque viuda de un tambor, y no porque faltasen moscas, porque las había en el batallón, y de largos vuelos.

—¡Pero, chica, qué pelma estu madre! ¡Si me hago cruces pensando que en tres meses no he podido darte ni un beso!

—Ya me los darás cuando seamos casados.

—¡Ay!, suspiraba el Tenorio con visible desazón y temblando de ira.

Ocurrió que una tarde (no estaba el novio en casa) llamó á la puerta una mujer de unos treinta años, no mal parecida, y vistiendo como visten algunas que no son señoras y parece que sí.

—¿Don Juan Abudaliqui?, preguntó.

—No está ahora, repuso Elisita, pero le aguardamos de un momento á otro; si quiere usted volver ó esperarse...

La señora no esperó que le repitiesen la invitación. Pasó adelante, seguida de tres chiquillos, tres criaturas poco menos que desarrapadas, con figurines de señorito, con los sombreritos viejos y pasados de

moda, con los zapatos rotos por la punta y comidos por los talones, y el mayor de los cuales no sumaba más que cinco años y algunos meses.

La señora se sentó dando muestras de fatiga.

—¿Y qué tal, está bueno Abudaliqui?

La vieja, que acababa de salir al recibidor y había oído la pregunta, dijo:

—¿No ha de estarlo? Aquí se le trata á cuerpo de príncipe.

—Como de la familia.

—Figúrese, el mes que viene se casa con ésta.

La señora se puso pálida, pero hizo un esfuerzo para contenerse. Por fortuna no había mucha luz en la pieza. La pupilera siguió:

—Nos debe dos meses; porque al mes de pedir relaciones á la chica, me dijo: «Madre, no está bien que andemos con estas minucias; al fin todo lo que poseo, ¿para quién va á ser?» Y como una es decente, aunque viuda de un tambor...

—Pero mamá, interrumpió Elisita conteniendo el aliento para ruborizarse: estas cosas no se cuentan; no sabemos quién es la señora.

—Soy una parienta suya, y vengo en nombre de la esposa del señor Abudaliqui, á saber qué es de su vida, porque desde que salió del pueblo para no sé qué negocio, hace justamente tres meses, no ha dado señales de vida. ¡Figúrense como estará la pobre! Sin recursos, sin...

Elisita Rodríguez no tuvo que esforzarse esta vez para ponerse pálida; la vieja, convertida en basilisco, se puso en jarras, y haciendo un remolinetete con toda su mole bestial, exclamó:

—*Caluniaora*; nosotras somos muy *honradas*, y el novio de ésta muy caballero y muy rico.

—Muy rico, contestó la señora sin desconcertarse; pero le debe á usted dos meses y su mujer y sus

hijos se mueren de hambre.

No se sabe en qué habría parado la irritación de la patrona, si no llaman entonces á la puerta. Abrió Elisita nerviosamente, y apareció la figura del Tenorio, que entraba con un paquete de dulces en la mano. Al verle los tres chiquillos, hasta el pequeñuelo de dos años y medio, se abalanzaron hacia él, gritando:

—¡Papá! ¡papá!

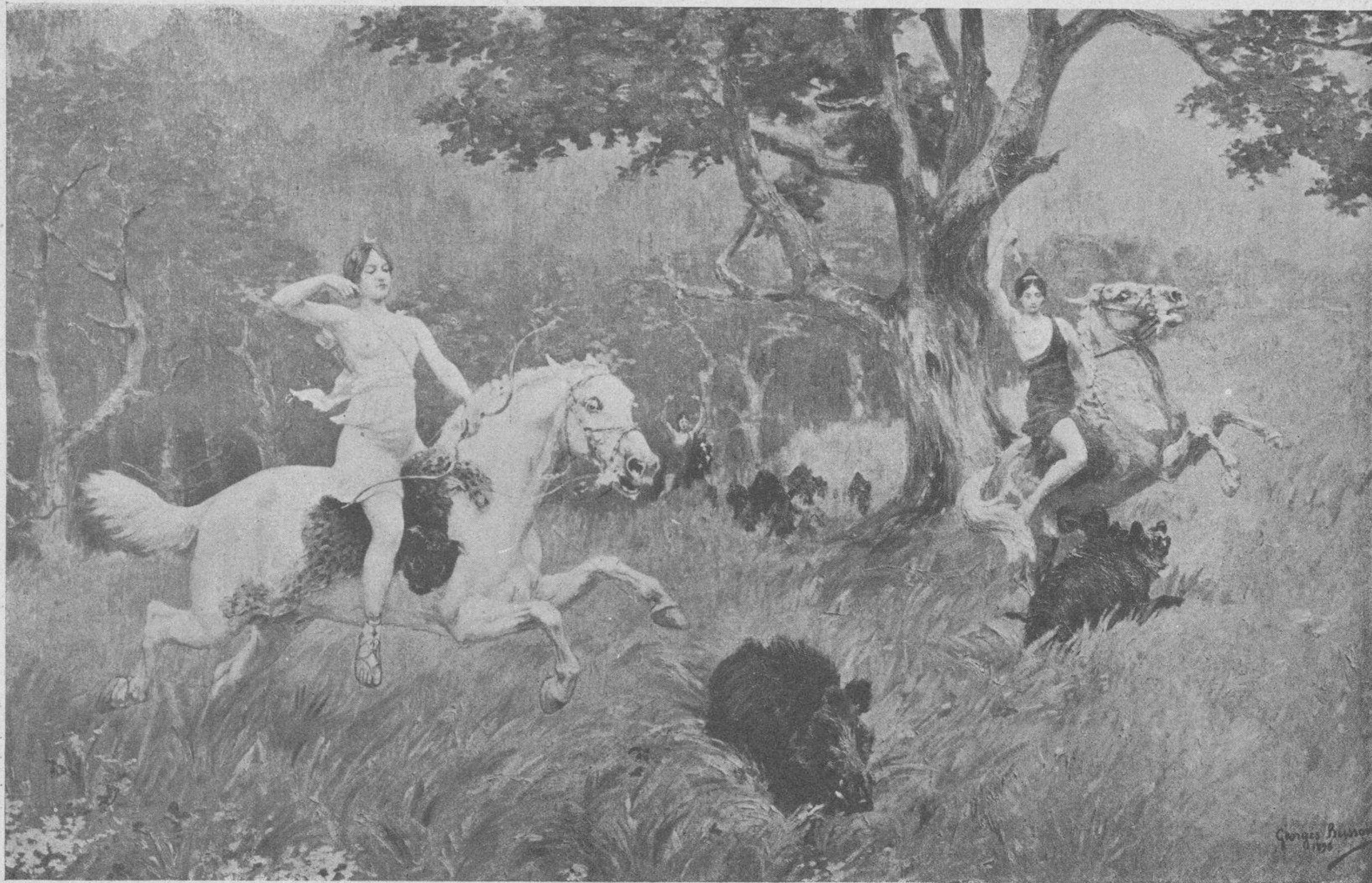
La que se armó allí no es para decirlo; la novia se desmayó, y entre la patrona y la mujer legítima, pusieron al conquistador que no había por donde cogerle; tal tunda de pellizcos y mojicones cayó sobre las distintas partes de su cuerpo. Por fin don Juan pudo salvar la puerta y precipitarse dando tumbos por la escalera y salir disparado á la calle, aunque sin sombrero, con la cara hinchada y hecha un mapa de arañazos.

Don Juan Abudaliqui no pensó desde entonces en más conquistas que en la de su propia mujer que había levantado bandera de rebelión.



CAPULLOS

BUSSON



DIANA CAZADORA

La Saeta

MISCELANEA

AVISO IMPORTANTE

Las tapas que poseemos para encuadernar LA SAETA están tiradas en negro y oro; la alegoría del dibujo, para reproducir el cual hicimos grabar unas planchas exprofesamente, es de gusto inmejorable y forman una cubierta elegantísima.

Se hallan de venta en la Administración de este periódico á los precios siguientes: Barcelona, 2 ptas. 50 cénts. Provincias, 3 ptas.

Para los correspondientes 2 ptas. y 2'50, respectivamente.

Cierto médico, devolvió á un sastre una levita, que según él no le servía; pocos días después se encontró con el último en un entierro, el cual le dijo:

—¡Ah, doctor! ¡qué feliz es usted!

—¡Por qué?, replicó el médico.

—¡Por qué? Porque á usted nunca le devuelven sus malas obras, dijo el sastre, llamando la atención de su parroquiano hacia la fosa.

Un maestro de escuela muy pobre, hablaba á sus discípulos de la tierra, tiritando al mismo tiempo de frío.

—De qué creéis que está formada la tierra?, preguntó.

—De capas, respondió uno de los chicos más instruidos.

—Sí, hijo mío, tienes razón; pero de capas tan distantes, que hay muchos vecinos en el pueblo que no han llegado aún á la primera.

Calentándose al fogón
Toribio el pasado invierno,
se movió un olor á cuerno
que infestó la habitación:
al punto con ligereza
acudió su esposa Irene,
diciendo:—¿Qué es eso, nene,
se te quema la cabeza?

Un inglés se puso á comer con voracidad sobre cubierta, en el instante en que todos sus compañeros de viaje y hasta los marineros que tripulaban el buque en que iba, se disponían con sus oraciones á hacer una muerte cristiana, porque la tempestad arreciaba, y habían perdido todos sus medios de salvación. El capitán, viéndole en tal ocupación, le dijo:

—¿Cómo tiene usted calma para pensar ahora en eso?

—Me parece, le contestó el inglés con frialdad, que el que tanta agua ha de tragar, conviene que tome antes alguna cosita para hacer sed.

Charada

Primera doble es un bruto,
y no una tres si lo digo;
según afirma la gente
es muy dos tres y lo cito,
para que vean ustedes
como dos y tres son cinco,
que todavía hay sujeto
que tiene algún verro-chico.

En cambio *Todo*, es un sabio,
un hombre muy instruído,
y aunque parezca mentira,
y juro que no he mentado,
no tiene mi pobre *Todo*
ni para comprar pitillos.

¡Oh la justa recompensa
que nos otorga el Divino!...

MORENO

Salto de Caballo

A (1)	-te	re-	-res	-la-
le	el	-do	-en-	-llo
	ca-	mi-	-ga-	
	no	di-	-ba-	

FRAY CABIOLA

Soluciones á lo insertado en el número 479:

CHARADA.—Médico.

LOGOGRIFO NUMÉRICO.—Sargento.

COMBINACIÓN.—Laredo.-F-Alfredo.

JEROGLÍFICO COMPRIMIDO.—Nadar.

CUADRO ENIGMÁTICO.—

C O M A

O P A L

M A Ñ A

A L A S

Correspondencia

A. L. B.—Copio de su carta: «Me siento con fuerzas para volar muy lejos; mi carácter no es para esta vida de sujeción; ampáreme usted. Quiero dedicarme á ser poeta.»

Bueno, bueno; no se diga que no hago todo lo posible para ser indulgente. Transcribo la dolora, que empieza así:

—No lo llames traspantojo.
—¿Cómo quieres que lo llame?
—Permíteme que me escame.
—Pues no es nada lo del ojo.»

¿De modo que usted quiere dejar el oficio que tiene y dedicarse á ser poeta? ¡Pues no es nada lo del ojo, amigo! Permítame que á mi vez me escame.

Serrucho.—Verdaderamente, la pluma de usted tiene más de eso, de serrucho que de pluma; porque ¡caramba! la letra de usted es garrafal, de la que no descifran en las imprentas donde averiguan hasta los rasgos y los puntos que se dejan olvidados en el tintero los autores.

R. M.—Muy bien, pero muy bien. Si ciertamente es como usted significa, un *aprendiz*, no diré que sienta plaza de maestro, pero sí que empieza con ventajas indiscutibles, sabiendo lo que no logran aprender otros en toda su larga carrera de periodistas.

N. O. L.—¡Otra elegía!

«Llamó á la puerta la muerte
y sin quererlo yo me sorprendió
dejándome al verla inerte.»

Espera usted, se me ocurre una duda; si le sorprendió á usted la muerte, y además le dejó inerte, ¿cómo diablos ha tenido usted fuerzas, y pulso y humor para escribir y mandarme disparates tales? Que le sorprendiera la muerte sin quererlo usted, me lo explico, porque eso al fin y á la postre á cualquier ciudadano le ocurre.

U. D.—Se publicará.

Gerónimo.—Libreme Dios de poner en duda que le han aplaudido á usted *grandemente* en el *Círculo Defensor de los Intereses Morales y Materiales*; pero usted tampoco pondrá en duda que el discurso, aunque corto, es impublicable. El público que lee es más exigente que el público que oye, y sobre eso hay que un discurso agrícola no me parece muy á propósito para un periódico como éste.

J. M. S.—Aprovecho algo.

J. C.—La intención es buena, noble: pensando así deberían escribir todos, para que no resultara estéril su labor. Pero ¡hay tantas incorrecciones!

Galeoto.—Me manda usted un artículo en verso titulado «Un día de lluvia,» para que lo inserte lo más pronto posible. En seguida.

«Tras de los vidrios *serrados*
de mi sencillo aposento
veo pasar en un jumento
dos pobres enamorados.

El con paraguas abierto
procura cubrir á ella
para que en cara tan bella;
no hay consonante, se ha muerto.»

Séale la tierra leve.

Periquín.—¿Otra vez? Creo haberle dicho terminantemente que equivoca usted la dirección, porque aquí no hay cuadras.

S. D. la O.—Lo de usted, ya no puede llamarse rebuzno; es... es un *mugido*.

J. M. F.—Un modelo de educación y de epigramas:

«Como me conteste mal
yo no sé lo que le hago
voy, caballero y me c...
de su casa en el portal.»

¡Y tal! Procure usted que no le vea en el momento crítico un municipal... ni la portera.

Uno que empieza.—Bueno: hay algunos versos que no están mal medidos y que son hasta felices; pero otros, como éste: «que ese amor tan tierno que demuestras,» que es corto; ó éste: «sea fingido, real ó verdadero,» que es largo; ó éste: «felices seremos si es que alguien,» cortísimo, y mal acentuados los tres, desentonan notablemente. Además, en «sea fingido, real ó verdadero» ocurre que la asonante es un ripio de marca mayor, y que pone usted una diéresis para hacer dos sílabas, cuando lo que le haría falta á la palabra real es que no pasara de una, cosa imposible, porque se dan de puñetazos en el diptongo las vocales e-a. A ver, corrija y pruebe otra cosa.

J. J.: No.—A. M. A.: No.—S. D. P.: No.—Cipriano: No.—L. S. H.: No.—Y perdonen que no les diga por qué. Me falta espacio.

Prohibida la reproducción de los originales de este número.

Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba y las inyecciones. Cura los flujos en

48 HORAS



Muy eficaz en las enfermedades de la vejiga: Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Capsula lleva el nombre 

PARIS, 8, rue Violante, y en las principales Farmacias.

CRÈME SIMON

à la glycérine

Poudre
de riz Simon



Savon
à la Crème Simon

Maravillosos para la

TOILETTE DIARIA

Preservan el rostro de las influencias del FRÍO, del SOL, ó del aire del MAR. Blanquean y suavizan divinamente el cutis

J. SIMON ♦ 13, Rue Grange-Batelière, 13 ♦ **PARIS**

Tipolitografía Seix: Calle San Agustín, 1 á 5.—Teléfono número 3541.—Barcelona (Gracia)





20 cents.

Num. 481

